

# EL AGUJERO

*BURT K. FILER*

Aquella noche, Russell se sorprendió al notar que sus piernas le dolían en un nuevo sitio. Dio media vuelta y fue a beber algo. Notando que la luz era escasa cerró un poco el arco, observando a su alrededor cuando resplandeció.

La caverna, amplia y profunda, tenía la forma de una ballena.

Lógicamente suficiente para su única función: permitir la excavación de un fósil preteleósteo. El esqueleto parcialmente desenterrado se extendía desde donde Russell estaba arrodillado hasta donde Al trabajaba, veinte metros cuesta arriba. Más allá, el techo lo cubría. El cráneo de la criatura se hallaba en el siguiente nivel, donde Cassidy lo protegía como si fuera el suyo propio.

—¿Quieres algo de beber, Al?

—Sí. Tráemelo aquí, ¿quieres? De todas formas quiero que veas esto.

Russell dejó a un lado el escalpelo dentado y se levantó, oyendo el crujido de sus rodillas en la silenciosa cueva. Cuidadosamente, avanzó sobre el armazón de un millón de años de antigüedad y ascendió poco a poco la pendiente. Russell era un buen biólogo especializado en el eoceno y un excelente paleontólogo.

—¿Qué has encontrado, Al? —preguntó al otro mientras le daba la bebida.

—El centro nervioso, creo. Tal vez el Blob tiene aquí un sistema secundario, como los primeros animales que respiraron aire.

Russell se inclinó y observó atentamente un grupo de vértebras, deseando saber más sobre anatomía primitiva. Grupo T31, sub-grupo C7. Lo supo gracias a la curvatura amplia y de extremos afilados. Pero aquello era tan... tan primitivo. Las vértebras parecían anormalmente grandes, demasiado, lo que indicaba que esta criatura, muerta hacía tantos años, tendría en su interior la sección motora de su cerebro. Pero seguía habiendo algo raro en ella.

—¿Estás seguro que está todo limpio? —preguntó.

—Así lo creo. Pero puedes comprobarlo. ¿Llamo a Cassidy?

—Quizá. Es mejor estar seguro, y ya sabes que él se muestra muy irritable últimamente.

Todos estos sabotajes le van a costar el empleo.

—Vamos, Russ. Tú no piensas de verdad que sean sabotajes.

—No me gusta admitirlo, pero estás en lo cierto. La cavidad del cerebro en aquel último, ambos cerebros en ese tricerátopo del nivel mil siete... Es demasiada coincidencia.

—Pero Russ, ¿qué motivo hay para destrozar un fósil? Sloat está un poco receloso con las excavaciones de Cassidy, ¿es eso?

Al se levantó, sacudiéndose el polvo de las rodillas.

—Podría ser. Sin embargo, conozco a Sloat desde hace un par de años, y lo dudo. Es un chiflado ambicioso, pero es demasiado profesional como para arriesgarse a perder la mejor excavación de su vida, incluso para quitarle el empleo a Cassidy. Al, voy a ver un poco más de cerca eso. Dame tus gafas y una escobilla. Mientras tanto, puedes llamar a Cassidy.

Al se fue. Russell se puso a trabajar. Introdujo media docena de agujas bajo un fino estrato de roca que cubría el grupo de articulaciones. Luego las tapó con un cobertor magnético y lo conectó. Alzó cuidadosamente el cobertor, y la capa térrea saltó limpiamente.

—Detritus —pensó—, seguro. No hay hueso.

Russell repitió el proceso varias veces, y finalmente llegó a la verdadera anatomía de su aún innominado espécimen. Bajo la capa pizarrosa que las cubría, las vértebras eran de un tamaño normal. Era increíble que Al hubiera omitido algo tan obvio, y empezó a preguntarse qué diría a Cassidy.

—Oh —murmuró—, aquí llegan; Cassidy y tres guardias. —Se levantó.

—Hola, Russ. ¿Qué dice Allen que sucede?

—Hola, doctor Cassidy, muchachos. Temo que nos hemos precipitado. No hay ningún haz nervioso aquí. Al encontró un detritus totalmente anatómico, pero el hueso como tal es lo que se puede ver ahora.

Russell pensó en dónde debía estar Al en aquel momento, hasta que lo vio salir de la compuerta de presión.

—Realmente —dijo Cassidy—, pensé que era usted más cuidadoso. Ya sabe que estamos muy preocupados en cuanto a... Bien. Espero que no sucederá otra vez, ¿no?

—No, señor. No habrá más falsas alarmas. —Estaba enojado porque Al se hubiera retrasado lo bastante como para evitar el enfrentamiento con Cassidy. Russell conservó la suave reprimenda del anciano en su mente, una vez se quedó sólo con Allen.

—¡Al!

—Mira, Russ...

—No tengo nada que mirar. Un error es un error, pero...

El altavoz les interrumpió.

—¡Alarma! ¡Alarma! Todo el personal debe permanecer en sus puestos. Los guardias de seguridad, preséntense en el nivel 1020. Repito: Los guardias...

—¡Es tan sólo un nivel por encima nuestro!

—Sí. Alguien ha estado en el cráneo.

Su dormitorio estaba en el nivel 1000. Estaban esparcidos cada cien niveles por todo el agujero. Russell se quedó mirando fijamente la parte inferior de su litera mientras intentaba ordenar sus pensamientos: Al lo hizo. ¿Por qué?

Hacía dos años, un meteorito había sido el principio de todo.

La gente lo vio caer y se apartó. El choque fue terrible; destruyó la mitad de Cleanthe, New Hampshire, y penetró profundamente en la Tierra. Fue descubierto cuarenta kilómetros bajo la superficie, yaciendo sobre una capa extraordinariamente blanda de tierra.

Cassidy, del Instituto Geológico de New Hampshire, postuló la explicación de lo que luego se llamaría el «Geoagujero». La primera época glacial había arrastrado inmensos y numerosos glaciares hacia New Hampshire. Crearon profundos surcos que más tarde se convirtieron en los subsuelos de sus modernos valles. Los ríos de hielo arrastraron todo ante ellos, y en su curso excavaron el terreno, haciendo surgir los residuos de eras anteriores. Estos residuos fueron depositados en lugares casuales, muy profundos, de la misma forma que un río abandona las llantas de automóviles y objetos similares. Con una excepción. Alrededor de Cleanthe quedó un profundo hoyo. Posteriormente, la segunda época glacial llegó y, en lugar de allanar el terreno, como podría haberse esperado, reforzó las antiguas condiciones. Esta herramienta glacial horadó y aumentó la profundidad de los residuos de las eras anteriores, llegando hasta los antiquísimos helechos y líquenes que se desarrollaron cuando la biología ni siquiera existía. Así lo expuso Cassidy. No se trataba de un agujero de la era mesozoica, sino que abarcaba más allá incluso. Era un agujero geológico. Un geoagujero. Fue una hipótesis tremendamente fantástica, y gustó a la gente.

Un meteoro cae, penetra a través de una delgada corteza y revela al hombre la historia del hombre: ¡Deus ex machina! Cassidy fue lo suficientemente espectacular como para alentar el sentimiento de asombro que el agujero despertó entre la gente. Se dejó crecer el pelo y compró unas gafas más gruesas. Intervino por televisión e hizo todo lo imaginable, excepto citar a Nostradamus. Tras medio año así, Cassidy consiguió el permiso y la prioridad del gobierno para realizar excavaciones en torno a la abertura dejada por el meteorito. Era un geólogo de categoría, pese a todas sus teatralidades, y reunió a los mejores paleontólogos de los Estados Unidos para que le ayudaran.

Por eso Russ estaba aquí. Y Al, y otros treinta. Todos con su propia reputación particular, pero iguales aquí. Hombres que habían dirigido expediciones en Egipto se rompían las uñas excavando para Cassidy, y les gustaba hacerlo. Eran las excavaciones más grandes e importantes de toda la historia.

Cassidy no se equivocó. El agujero era tal como lo pensó: cuarenta kilómetros de historia de la Tierra. Empezando en el año dos mil doce en la superficie y descendiendo progresivamente hasta un remoto pasado. Su equipo desenterró hombres mucho más sofisticados que los de Cro Magnon, pero también más antiguos. Los escolares ya estaban estudiando ese tipo. Excavando más, encontraron conexiones entre el hombre y el mono, tan importantes que habrían hecho suspirar a Darwin, reconocido al final no sin grandes

vacilaciones. Y la excavación prosiguió. Hombres y animales se solaparon, y luego animales y saurios. En el nivel 800 los saurios dejaron paso a los peces y, por último, en el nivel 1009, se llegó a los Blobs.

El descubrimiento de los Blobs pareció precipitar aquel extraño asunto.

Al lo hizo. ¿Por qué? Russell se revolvió en su litera. Hacía calor... o era él mismo. Los Blobs eran animales, pero muy indefinidos; los precursores absolutos de la biología. Como las amebas, pero más grandes. Algunos eran los abuelos de los peces. Algunos tenían espina dorsal y aletas. Algunos ni eso, únicamente dejaban en la piedra agujeros de formas extrañas, igual que fósiles.

Algunos tenían cerebro, o por lo menos centros nerviosos principales. Que Al había destruido metódicamente.

Russell estaba completamente desvelado y sudando. Al era su amigo. Nunca habría sospechado que él pudiera ser el saboteador insociable que ponía trabas a la excavación. Está claro después del último caso, murmuró. Nada había sido hecho para que pareciera un accidente. El cráneo era una obra de arte natural, creada hacía un millón de años, en la que cada átomo de hueso fue reemplazado por un átomo de caliza. Simplemente había sido aplastado ¿Por qué Al?

Russell se levantó, saltó de la litera y caminó por entre los apuntalados corredores hacia la siguiente celda dormitorio. Luces rojas señalaban la ruta, pero tras once meses bajo tierra podría haberla recorrido a oscuras. Todos ellos tenían tremendamente desarrolladas las pupilas. Entró en la habitación de Al y lo sacudió suavemente. Al despertó, sin decir nada, y le siguió hacia donde indicaba por señas.

Quince minutos y una compuerta de presión; más tarde habían descendido del nivel 1000 al 1017. Encontrándose solos, Al se arriesgó a iniciar la conversación.

—¿A dónde vamos?

—Al diez veinte. Han retirado la vigilancia dado que el daño ya está hecho, y quiero echar una ojeada a ese cráneo.

Recorrieron a pie los tres últimos niveles que faltaban. No había nadie, tal como Russ supuso, pero el lastimado fósil había sido acordonado.

—Al, viejo amigo, tú hiciste esto. ¿Por qué?

—¡Yo lo hice! Estás loco, tú...

—Cálmate. Sé que tú lo hiciste; ningún otro tuvo la oportunidad. Te inventaste lo de aquel centro nervioso en el 1021, me dejaste allí para comprobarlo, y fuiste a «informar» a Cassidy. Cassidy se asustó y vino inmediatamente con sus guardias. Tú te quedaste rezagado y aplastaste el cráneo. Es totalmente obvio, y dentro de veinticuatro horas Cassidy lo pensará y te echará la mano encima. Pero Al, ¿por qué?

Allen se quedó mudo. El cráneo acordonado, desparramado en total desorden, les observaba a través de los quebrados ojos.

Las luces de sus cascos lanzaban sombras fantasmagóricas sobre las rocas.

—Lo hice por hacerlo —murmuró lentamente Al—. Porque así lo quise. Siempre he estado enfermo, Russ; paranoico, megalomaniaco.

Lo he combatido durante mucho tiempo, mucho antes que me conocieras. Pero finalmente exploté. Dices que ahora es obvio, ¿eh? Supongo que tienes razón. Maldita sea.

—Sí, Al —continuó Russ en voz más suave—. ¿También destrozaste los otros?

—Sí. El tricerátopo del 1007 y el pez-Blob del 1016. —Al parecía no mirar a ninguna parte en concreto.

—Hemos sido amigos mucho tiempo para que yo te juegue una mala pasada, Al, pero has ido demasiado lejos. No puedes seguir destruyendo pruebas paleontológicas de valor incalculable para darte satisfacción. ¡Vete a dar patadas a los perros o a escribir en las paredes de los lavabos, pero deja en paz estas excavaciones!

Por un momento la cara de Al se puso pálida bajo la oscilante luz, pero luego reaccionó.

—No —dijo—. Debo reparar lo que hice. La única forma es contribuir a esta expedición con tanto como he destruido. Y puedo hacerlo, Russ, porque sé algo de valor. Hay un gran descubrimiento hacia el noroeste del 1021. El equipo de análisis no lo observó, pero yo noté una fisura en la roca que conduce justo en esa dirección. La espina dorsal de otro Blob es evidente en la fisura. Si pudiéramos excavarlo esta noche y presentárselo a Cassidy...

Su entusiasmo decayó igual que su voz. Observó el semblante de Russell, precavido, en guardia. Russ intentaba ocultar sus sospechas. Para empezar, la defensa de Al de su psicosis parecía demasiado pobre. Cassidy había previsto tales contingencias y se empeñaba en que no pusieran en peligro su expedición. Con todo, Russ pretendió creer que el hombre estaba hablando sinceramente, y ya le había ofrecido igualmente una salida. Mientras Al se fuera, pensó, no podría haber más peligro para la expedición. Eran más tres destrozos, de acuerdo, pero Russ no era vengativo. Pero Al se negaba. Quería seguir allí, aún a sabiendas que lo detendrían. ¿Por qué? Y ahora la repentina historia del descubrimiento en el 1021, explicada sólo en aquel momento. Russ decidió seguir adelante y averiguar más cosas.

—Vamos abajo —dijo— y veamos lo que hay. Si estás diciendo la verdad sobre ese nuevo descubrimiento, te ayudaré a desenterrarlo y a rehabilitarte.

Se introdujeron en la compuerta de presión, la cerraron, y notaron como las bombas reducían la presión. Estas compuertas estaban colocadas cada veinte niveles en toda la excavación. Unas cincuenta de ellas estaban entre Russ y la superficie, que no había visto desde hacía casi un año.

Al abrió el camino alrededor del armazón en el que habían estado trabajando antes aquel mismo día. Señaló una tenue línea entre dos desiguales rocas sedimentarias que había en la pared.

Se ensanchaba como una «uve» hacia abajo, terminando con un colorido blanquizco. Russ movió expertamente su dedo índice entre la abertura.

—Hum. Cuarcita, arenisca, cuarcita... Es una prolongación del nivel. El geoagujero es más ancho aquí de lo que midieron. ¿En qué parte de la arenisca está el fósil?

Al movió su luz sobre la zona más clara y señaló hacia una pequeña mancha blanca. Russ la raspó suavemente.

—Piedra caliza —afirmó—, en una matriz orgánica. —Realmente era un hueso fosilizado—. Bien, Al, trae las herramientas. Tenemos cuatro horas y media antes que venga el primer turno. Para entonces ya sabremos si esto vale la pena. Tal vez Cassidy te deje seguir, tal vez no...

Así habló Russ. Sin embargo, lo que pensaba era mucho menos coherente.

Excavaron. Pasaron dos horas. Aparecieron las formas torácicas superiores de otro Blob oceánico, muy similar al que Al había mutilado. Aunque evidentemente era un espécimen incompleto, parecía incluir el cráneo. Russ trabajaba febrilmente con sus manos y su mente.

Si la explicación de Al y su deseo de redimirse eran mentira, ¿por qué había señalado el camino de un nuevo descubrimiento?

La paleta que empuñaba Russell tembló un instante cuando comprendió claramente la respuesta. ¡Destrucción! Al parecía estar decidido a destruir los centros nerviosos de aquellos primitivos fósiles, y ahora disponía de muy poco tiempo. Por ello había convertido a Russ una vez más en cómplice del acto final destructivo, antes que lo atraparan. Sólo una pregunta seguía en el aire: ¿por qué?

Su excavación alcanzó el tamaño de un cubo mientras limpiaban las vértebras superiores de la criatura en dirección a su cráneo. Hacía calor. Al estaba con los ojos muy abiertos y respirando con dificultad detrás de Russ. Limpiaron la vieja mandíbula inferior de pequeñas capas de pizarra. Dentro de poco el cráneo quedaría al descubierto, y Al culminaría toda una serie de actos insensatos sin motivo. Russ inspiró fuertemente.

—Alto —dijo.

—¿Eh? —Al jadeó.

—Acabamos aquí. Déjalo. Cassidy no es ciego; te creará.

—Pero Russ, ¡casi hemos terminado! —Sus ojos brillaban, pero Russ no leía nada en ellos.

—No.

Al hundió su mano hasta la muñeca en las rocas desmenuzadas que había detrás de él y, girando, las arrojó contra la cara de Russell.

Mientras éste quedaba cegado, Al asió la piqueta y se dirigió resuelto hacia el cráneo. Levantó el instrumento, pero no llegó a utilizarlo. Ciego o no, Russell podía luchar. Golpeó en la dirección de Al con los puños y las botas. En un agujero no más grande que un barril, era imposible fallar. Cuando gruesas lágrimas limpiaron la suciedad de sus ojos, Al estaba en el suelo, pero consciente.

—Muy bien, levántate, hijo de perra —ordenó—. ¡Te doy treinta segundos para que me des una explicación creíble, o te daré una paliza todavía mayor y luego... iré a buscar a Cassidy!

Un reguero de sangre resbalaba desde la cabeza de Al, diagonalmente, hacia el puente de su nariz. Estaba aturdido cuando se sentó. Los brillantes y nerviosos ojos de Al estaban ahora empañados.

—Russ, me has hecho mucho daño. —Vaciló, después se enderezó y, cuando inclinó la cabeza, Russ vio con horror la profunda herida que allí había.

Russ se inclinó hacia el que una vez había sido su amigo y recuperó el casco con la luz todavía encendida. Al se recostó contra un lado de la pequeña excavación.

—Voy a morir —dijo—. No es por tu culpa, Russ, era algo inevitable desde que empecé esto. No debes arrastrar mi muerte sobre tu conciencia, especialmente porque tú acabarás el trabajo por mí.

Al hablaba con dificultad, y sus palabras se perdían en la cueva.

—Tenemos dos horas —prosiguió—. Tienes dos horas para convencerte de lo que hay que hacer, así que cava. Cava mientras hablo. Debes destruir ese cráneo. Puede ser, Dios lo quiera, el último.

Russell siguió excavando y escuchó.

—Empecé a estudiar paleontología porque los pozos de asfalto de Schlesinger se descubrieron en Utah, a tres kilómetros de la granja de mi padre. Esto era en el año noventa y tres, y yo tenía quince años. Estuve curioseando por allí y observé aquellos fantásticos huesos conforme iban saliendo de la tierra. Aquello me atrajo ya para siempre. Bien, cuando el equipo de Schlesinger terminó y se marcharon todos, yo empecé a trabajar por mi cuenta.

Extraje varias capas de alquitrán con el tractor de mi padre y seguí excavando por debajo. Fósiles, la mayoría rotos, pequeñas cosas... eso fue lo que encontré primero. Pero con gran extrañeza descubrí también trozos de acero cromado, cobre oxidado y, te lo juro, plástico.

Al tosió, y se avivó el reguero de sangre sobre su frente.

—Eso no es todo —continuó—. Todos los años volvía de la universidad y proseguía la excavación secretamente... Russ, encontré máquinas allí abajo. Oh, eran indistinguibles a causa de la edad y la podredumbre. Sólo las formas permanecían. Cuadradas, redondas, algunas incluso de aspecto tenuemente orgánico, pero eran máquinas sin duda.

»Ensanché la excavación, destruyendo rápidamente todo lo que iba encontrando. Había esqueletos de Blobs, Russ, circundando el hoyo de maquinaria. Primitiva vida animal. Sin espinas dorsales, vertebrados, aéreos, acuáticos... de todos los tipos. Todos confundidos allí de la forma más antinatural. Todos nuestros patriarcas biológicos, todos los animales con los que el hombre pudiera tener alguna conexión.

»Y todos habían sido alterados. Todos tenían los centros nerviosos alterados. Aquel lugar era un laboratorio.

Hablaba rápida pero débilmente. Russ estaba tan atento al fantástico monólogo que no perdía una sola palabra. Cavaba con fiereza, rudamente, cada vez con menos cuidado.

—¿Qué sabes sobre eugenesia, Russ? ¿Cruzarías un cacahuete y una ciruela para obtener una almendra? Naturalmente que no. Buscarías al más antiguo antecesor de algo que fuera como una almendra. Para conseguir las especies del vértice de la pirámide trabajarías con toda la extensa base, y emplearías muchísimo tiempo.

»¿Y qué sabes sobre ingeniería bioterapéutica, Russ? ¿Crees que descubriremos alguna vez un lazo viviente entre el metal y la carne? ¿Piensas que podremos analizar suficientemente los electroencefalogramas, tanto como para conocer el mecanismo del pensamiento?

»¿No te das cuenta? Alguien vino a la Tierra hace mucho tiempo. *Editaron* la vida salvaje, y luego se marcharon.

Había sangre en los ojos de Al y miedo en los de Russell.

—¿Me estás diciendo que alguien inició una cadena eugenésica? ¿Qué sabían suficiente electrobiología para reconstruir un cerebro? ¿Que intentaban...?

—Cuando supe —interrumpió Al— que el geoagujero descendía hasta el mismo período aproximado de mis propias excavaciones, las implicaciones fueron obvias. Si lo que yo sabía se transformaba en conocimiento público, habría resultado desastroso. — Al hizo una pausa, limpiando suavemente la sangre de su mejilla con una manga—. ¡Oh, Dios, qué desgracia!

»Antes de aplastar aquellos fósiles de arriba los examiné detenidamente. El hueco del cerebro del último era excesivamente geométrico para ser puramente natural, pero era un detalle sutil. La mecanicidad había sido producida fuera hasta cierto grado. La intromisión biológica no habría sido descubierta de tal forma. Pero yo lo hice, y lo aplasté.

»Los Blobs que hay aquí son más antiguos, cercanos a la fecha de la intromisión inicial. Este fósil proporcionaría la verdad sobre la trágica historia del origen del hombre. Debe ser destruido.

Al agonizaba. Sus ojos brillaron bajo los medio cerrados párpados. La sangre de la herida se había coagulado y su cara estaba cubierta con una espantosa costra parda. Russ se giró al cabo de un momento, esperando que continuara el relato, pero descubrió que su amigo había muerto.

Se inclinó una vez más sobre el cráneo. Su mente ardía en pensamientos salvajes, horrorosos. Sus dedos se introdujeron impetuosos a través de las cuencas de los ojos y se agarró con fuerza, medio levantado, con las rodillas pegadas a su pecho. Su cara expresaba furia. Y lo hizo. El borde puntiagudo de su piqueta partió aquel horror óseo con un solo golpe.

Dentro había ángulos extraños. Medio animal, medio máquina, casi destruido por el tiempo.

Russ lo aplastó. Redujo la máscara de huesos a una grava indistinguible. Le quedaban treinta minutos. Cuando el primer turno bajase allí no debía quedar nada digno de verse. Rellenó el agujero, dejando dentro a Al y a su descubrimiento.

Russell empleó varios días intentando pensar y actuar normalmente de nuevo. El que consiguiera pasar aquellos días sin volverse loco fue una prueba de su estabilidad.



Nunca habló sobre aquello. A los hombres no les serviría de nada conocer su origen. Saber que eran robots altamente desarrollados, destinados a cumplir los mandatos de otras criaturas. Saber que no tenían albedrío ni individualidad; sólo ejecutar las órdenes de otra raza más vieja. No les serviría de nada precisamente ahora. No, hasta que un día final lo supieran todos... cuando volvieran los amos.

**FIN**

Libros Tauro